

ESCRITORES DE CHILE II

JEAN EMAR

ESCRITOS DE ARTE (1923-1925)

Recopilación, Selección e Introducción

Patricio Lizama A.

 DIRECCION
DE BIBLIOTECAS
ARCHIVOS
Y MUSEOS

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA

GRUPO “MONTPARNASSE”

Manuel Ortiz de Zárate*

“VOLVAMOS A LA CALLE DE LA GRANDE-CHAUMIÈRE, calle de las academias, donde, hace aún poco tiempo, el único patagón de París, el araucano Ortiz de Zárate, se paseaba proclamando que había descubierto la verdad”.

Retrato rápido y preciso que del ausente del Grupo Montparnasse hace Guillaume Apollinaire en su libro *La femme assise*¹.

¹ La referencia a Manuel Ortiz de Zárate, citada y traducida por Emar, aparece en el libro de Apollinaire *La femme assise. Chronique de France et d’Amérique* 8º ed. París: Gallimard, 1949. Cabe señalar que *La femme assise* también es el título de una pintura realizada por Alfred Reth en 1911.

En el texto en francés se puede leer lo siguiente: “Redescendons rue de la Grande Chaumière, rue des académies de croquis, où, naguere encore, l’unique Patagon de Paris, l’Araucanien Ortiz de Zárate, se promenait en proclamant qu’il avait découvert la vérité”, pág. 26.

Una casualidad quiso que, paseándome una tarde con su hermano Julio por la calle de la Grande-Chaumière, me encontrase por primera vez con el único araucano que en París canta hoy día en sus telas fuerza indómita, sinceridad de una pieza. Los tres juntos pasamos a su taller y mientras cruzábamos un patio y trepábamos escaleras, Manuel hablaba a grandes voces y cada una de sus palabras era para ensalzar los nombres de artistas que otros maestros prudentes habíanme aconsejado evitar por perniciosos y dudosos o para derribar a los artistas que el marco reducido de mis estudios unilaterales elevaba a la altura de verdaderos ídolos. Tal vez Manuel Ortiz había sorprendido en mis pocas palabras que era yo un adepto de las salas grandes de Luxemburgo y de las salas decoradas con yeso del *Petit Palais* y un admirador de los pintores consagrados por Ministros de Estado y por medallas relucientes dignas de la pechera de un general heroico. Así, el araucano mortificó al chileno; el viejo montparnassiano, al *habitué* de los grandes bulevares.

Visitamos su taller y al salir, exponiéndome a ofender el cariño fraternal, me atreví a preguntarle a Julio Ortiz si no era verdad que cuantas telas habíamos visto sólo podían considerarse como un error lamentable. Julio, sin responderme directamente, me aconsejó paciencia y un estudio tranquilo y sin prejuicios de museos antiguos y exposiciones modernas. Buen consejo. Cuando a él me ceñí, logré, después de largo tiempo, tender el puente sobre el abismo para mí infranqueable entre un pasado esplendoroso y un presente desconcertante. Entonces volví a ver las telas de Manuel Ortiz y las sorprendí tomadas de la mano con sus hermanas de toda la tradición artística.

Manuel Ortiz es un alto valor pictórico por su gran sinceridad. Ha pasado, en evolución vertiginosa, por todas las fórmulas y todas las escuelas. Desde el academicismo al cubismo, todo lo ha explorado con la inquietud propia del verdadero artista y del hombre moderno. Ahora, habiendo llegado a sí mismo, empieza a serenarse para crear su obra. Y su obra es la de un "pintor". Un pintor evadido de las prisiones escolásticas; de los caprichos de la moda; de la fórmula establecida; un pintor que acaso no profese más credo que el de la pintura misma, pero el de la pintura ampliamente considerada, considerada en su amplitud máxima. Considerada como segunda naturaleza, completa, en sí; como ayer Julio Ortiz, por mi intermedio, lo proclamó y como ahora en sus telas lo demuestra. Credo sano, potente, libertador de amaneramientos aprendidos y sabio guía para revelar los valores positivos de la pintura de entre los miles de pintores que giran por los alrededores de la estética.

El nombre de Manuel Ortiz de Zárate se abre paso en el mundo de las artes. Societario del Salón de Otoño, ha sido nombrado Director del mismo por espacio de cinco años junto con un reducido grupo de artistas seleccionados. El museo de Grenoble y el de Strasbourg (hoy día en formación) se interesan por sus obras. Para la gran exposición colonial de Marsella se le encomendó la ejecución de varias decoraciones. El Director del museo de Amberes le ha invitado y le organiza una exposición de sus cuadros. Y Bernheim, el reputado *marchand des tableaux* de París, incluyó sus telas en el grupo que con el nombre de "La joven pintura francesa" organizó el año pasado y en el que figuraban artistas de la talla de Matisse, Derain, Luc Albert Moreau, Bonnard*, Asselin, Maurice Denis, etc.

Es así como Manuel Ortiz, el proclamador de verdades de Guillaume Apollinaire y el pintor que para André Salmon es "emocionante por su franqueza", es así como realiza una obra de arte que día a día crece con firmeza, con seguridad, con potencia en el centro de las artes plásticas: París. Desde Montparnasse, punto de cita de los artistas de

todo el globo, hace él una insospechada labor de acercamiento entre la Europa y nuestro país. Un acercamiento que, esperémoslo, sea tan eficaz como el de un hábil diplomático o el de científico campeón peso pesado...

(La Nación, miércoles 24 de octubre de 1923, pág. 3)